

# “Historia de un hombre desgraciado”

*(Povestea unui om nenorocit)*

*(Mircea Eliade)*

*Traducción del rumano: Joaquín Garrigós*

¡Murciélago del demonio! Lo tenía prendido con alfileres en la tabla y así y todo, con las patas atravesadas, se resistía aún más; de ninguna de las maneras se dejaba disecar. Y es muy desagradable para cualquiera ver su material debatiéndose con suficiente consciencia sobre la mesa. ¿No me pasó ya una vez con aquella rana a la que quería extirparle un pulmón? Sí, hombre, se puso a saltar así, despanzurrada, por en medio del laboratorio y parecía que cumplía con su obligación rompiéndome las botellitas, los frascos y las probetas hasta que cayó dentro de un recipiente de ácido fénico y murió desinfectada hasta los tuétanos.

Por eso quise ser prudente con el susodicho murciélago y lo amarré con unas cadenillas al cuello, cuando oí una voz que parecía proceder de lo más hondo de la tierra:

-¡No me mates, hermanito!

A pesar de todo mi valor de incrédulo, sentí que me temblaron los miembros superiores. Me armé inmediatamente de un bisturí y, retrocediendo dos pasos, esperé.

-Ten compasión, hombre, y aflójame un poco los alambres del cuello.

Con unas tenacillas cumplí a distancia su deseo y luego volví a sentarme en la silla. El murciélago suspiró varias veces, miró con melancolía un frasco de éter y giró la cabeza.

-Después de todo, no me has soltado.

Cerré los ojos en señal de impotencia.

-¿Qué puedo hacer? Ahora en noviembre los murciélagos son muy difíciles de encontrar y tengo necesidad absoluta de diseccionar unos cuantos.

-¡Déjate de disecciones! Si yo fuera una alimaña sí, lo entendería, pero yo soy un hombre, amigo mío, ¡un hombre de verdad!

-No se ve.

-Sí, como no lo ves no lo crees. Pero hasta ahora yo he estado en el purgatorio. ¿Acaso no he venido del cielo para sustituir a un murciélago que se quedó rezagado?

-Padece usted de daltonismo.

-Daltonismo o no, la pregunta es... ¡ay! ¡aflójame un poco las patas! Me he pasado tres semanas en una cueva y no me las siento de cansadas que están. Asíí... Ahora voy a decirte cómo es que soy murciélago.

-Si tanto se empeña dígalos. Pero dese prisa porque el doctor vendrá a las siete en punto y no he preparado el ciego y el páncreas.

Fui a echar un leño a la lumbre, corrí la cortina y volví a sentarme.

-¡Eh, eh, eh! ¿Es que te crees que soy un murciélago? Yo soy un hombre de verdad.

-Cada uno cree lo que quiere.

-No es así. Yo te aseguro que soy lo que estoy diciendo y he estado, desde mi muerte hasta ahora, o sea, sesenta y pico de años, en el purgatorio. Pero era un aburrimiento, hombre, un aburrimiento de tirarse de los pelos. Solo almas tristes y contritas, en fin, gentes sin una pizca de vida. Me pasaba todo el santo día sentado y pescando en el río del purgatorio. Una mañana, precisamente tenían que mandar a la Tierra a una nueva generación de murciélagos y uno se cayó por el camino y se quedó rezagado. Y el santo ecónomo (había sido un abad no excesivamente pío) me hizo una seña: «¿Quieres ir tú a la Tierra, Petre?» Y como era bueno y me sonreía, le contesté: «¡Sí quiero, padre!» Y así es como he venido. ¿Pero cómo podía saber yo que iba a caer en manos de un naturalista tan aficionado a los murciélagos?

-Todos tenemos nuestras aficiones.

-Sí, sí, sí, tienes razón. ¿Pero no quieres soltarme una pata?

Me negué de mal humor.

-Qué lástima, hombre, que no haya podido vivir mi vida. He sido un hombre desgraciado, muy desgraciado. Mi padre era un roñoso de marca

mayor y no les puso a las magas<sup>1</sup> todo lo necesario porque decía que las magas no iban a ponerse a comer a medianoche de una escudilla y...

-Se conoce que su padre era un hombre inteligente.

-Tienes razón en eso. Y como no quiso no puso. Y a medianoche, cuando llegaron las magas y vieron (¿cómo iban a ver en medio de la oscuridad, hombre?) que no les habían rendido homenaje, se enfadaron y me hicieron un desgraciado para toda la vida.

-¡Qué seres sin escrúpulos!

-Si, señor. Porque si mi padre no les había puesto dos rollos de más, ¿acaso era culpa mía? Idiotas. Pero ya verás. Mientras fui pequeño estaba más sano que el diablo. Jugaba y estudiaba, aprendía como ningún otro chico. Pero, mira, no podía decir nada que saliera de mí. A ver, no sé cómo decirlo; las palabras que decía, las cosas que contaba, tenían que haberlas dicho o escrito otros antes que yo. No sé si me entiendes.

-¡Con qué verdad habla el hombre algunas veces!

-¡Ah, tendrías que haber visto la alegría del maestro! Y es que yo hablaba como un obispo. Me habían mandado a la ciudad para aprender a tocar el órgano. Y aprendí a tocar en un año lo que a otros les costaba cinco, y me pasaba el día entero tocando el órgano. Una mañana, compuse una canción triste y muy bonita; se la toqué a una señora mayor y a todo el mundo le gustó. Pero un caballero me preguntó cómo la sabía. Y a mí se me saltaron las lágrimas y le dije: «¿Que cómo la sé? ¡La compuse ayer mañana!» Y entonces se echó a reír y la señora mayor me dijo que no dijera eso, que la gente se reiría de mí porque era una canción conocida desde hacía veinte años. Pero yo

seguí erre que erre y me echaron. Y, cuando me fui a dormir, sentí por vez primera que era un desgraciado.

-Perdóneme, amigo, que lo interrumpa, ¿pero estoy obligado a escuchar esas paparruchas?

-Las objeciones al final. Amigo mío, al día siguiente dejé el órgano y me entregué a la lectura.

-Muy bien.

-Y para que lo sepas, leía como un loco. ¡Qué pena que en el purgatorio no haya bibliotecas! Me habrían recordado mi mocedad. Y, después de un tiempo, comencé a escribir, a escribir mucho, siempre estaba escribiendo, día y noche, escribía de modo frenético (y aquí el murciélago empezó a enardecerse), escribía, escribía y escribía.

-En fin, que escribía.

-Exacto. Y solo novelas.

-Como siempre.

-Como siempre no. Otros hacían poesías. Más tarde, yo también hice, pero por entonces todavía no. Y un día fui con un cuaderno a casa del doctor, quien me lo devolvió al día siguiente diciéndome que era muy bonito lo que había escrito pero que me había comido trozos del original. «¿Cómo que me he comido trozos del original?», dije yo. «Pues sí, porque esta novela del abate Prévost tiene muchos más capítulos que los que has copiado en tu libreta». «Pero, hombre, ¿es que este libro, que no sé por qué ha llamado “Manon Lescaut”, lo ha hecho el abate Nosecuántos? ¡No es verdad! La novela la he

escrito yo solo; ni siquiera había oído hablar de su abate». Excuso decirte que el doctor no me creyó y divulgó la noticia de que yo estaba loco. Y entonces volví a ser desgraciado.

-Le queda un cuarto de hora.

-¡Qué rápido pasa el tiempo! Pero a lo mejor tu profesor se retrasa.

-Es una persona muy puntual.

-¿Qué vamos a hacer? Perra suerte. Pero prosigamos. Habrás comprendido que dejé de escribir prosa pero hacía versos. E hice un poema muy largo con combates de griegos en torno a una mujer y a una ciudad, con muertos y heridos, en fin, muy bonito. Y para que no me tomaran por loco, me fui a la ciudad. Y en el carro encontré un paquete chafado del que salían unos papeles; y en uno de ellos vi uno de mis versos. Arriba ponía «*Iliada*», de Homero, traducción. Entonces, volví a mi casa y empecé a darme puñetazos en la cabeza.

-Le compadezco.

-Y era tan desdichado que por las noches soñé que las tres magas me decían: «Lo que hiciste, hecho está, hecho. Eres un hombre sin suerte, sin suerte. Mañana morirás, morirás». Entonces me levanté de la cama y huí de casa por miedo a las magas.

-Para gran alegría de su padre, supongo.

-Así es. Pero las magas no me olvidaron y un año después enviaron junto a mí a una muchacha guapa a rabiarse, Florica.

-¿Es posible sin amor?

-Por supuesto que no. Las magas lo sabían y por eso encendieron fuego en mi corazón por aquella moza.

-¿Y en los talones no?

-Ya había bastante allí donde ardía. Y me volví tan loco por ella que se me olvidaron las vergüenzas pasadas y le escribí una carta muy hermosa con una oda aún más hermosa. Pero cuando la vi al otro día, me soltó en plena cara: «Oye, imbécil, encima de que eres más feo que Picio, ¿te dedicas a entrometerte y a intrigar con los demás? Mira, ¿ves esto? Esta es la carta que has escrito tú. ¿Ves esta otra? Es la del sargento, mi novio. ¿No ves que son iguales? ¿Por qué la has copiado con la “puesía” y todo? Es igualita que la de su carta. ¿Así es como entiendes tú el amor? Que no vuelva a verte rondándome o le digo al sargento que te rompa los huesos. ¿Me has entendido? Y ahora, ¡largo!». Me sentía tan desdichado que no sabía qué hacer.

-Debería haber entrado en un convento.

-¿Sí? Era yo demasiado listo para meterme a monje. ¿No te he dicho que las magas me tenían ojeriza desde que nací?

-¿Entonces?

-¿Entonces? Me tiré al río y me ahogué.

-¡Por fin! Menos mal que se ha ido de una vez. Ya estaba yo desesperado, hombre de Dios. ¡Van a dar las siete y ni pensamientos tenía usted de morirse! Ha sido usted una criatura resistente.

-No hables así que es un pecado. Me morí y fui al cielo. Allí me destinaron al purgatorio hasta el fin del mundo. Y como el sueño es contagioso, estuve durmiendo unos treinta años, luego me hice pescador y ahora, finalmente, murciélago.

-¡Rece!

-Los murciélagos no saben rezar.

-¿Y mentir saben?

-Quizá sí, quizá no.

-Se acabó. Despídase del mundo.

-Hace mucho que me despedí.

-Tanto mejor. ¡Ahora, adiós, y hasta que nos veamos en el otro mundo!

El murciélago murió y fue disecado como Dios manda.

Y mientras esperaba al doctor, que no venía, le inspeccioné las entrañas.

¡Figúrense, señores, que le faltaban el ciego y el páncreas!

*\* Traducción del rumano por Joaquín Garrigós*

<sup>1</sup> En la tradición popular rumana, ser imaginario que decidía la suerte de un hombre al nacer. N. del T.

Para citar este trabajo, indicar la siguiente URL:  
<http://www.bajoloshielos.cl/19e.pdf>